

INTERSECCIONES

Perspectivas políticas y estéticas para la paz

Tania Bolaños, Diana Rey y María Alejandra Tapia

Editoras

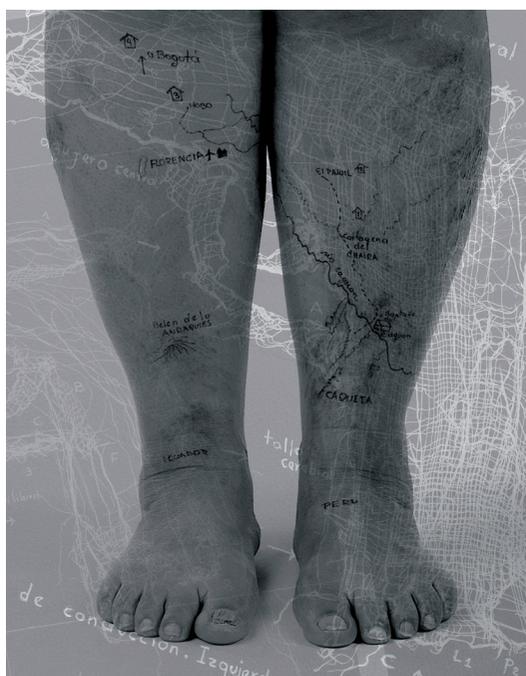
Rodrigo Echeverri

Curador

INTERSECCIONES

Perspectivas políticas y estéticas para la paz





INTERSECCIONES

Perspectivas políticas y estéticas para la paz

Tania Bolaños, Diana Rey y María Alejandra Tapia
Editoras

Rodrigo Echeverri
Curador

Intersecciones : perspectivas políticas y estéticas para la paz / Tania Bolaños Enríquez, editora, María Alejandra Tapia Millán, Diana María Rey Lema, coordinadoras editoriales.
-- Bogotá : Universidad Cooperativa de Colombia, 2018.
p. - (Colección Investigación general)

Incluye datos biográficos de los autores. -- Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-760-113-8 -- 978-958-760-114-5 (digital)

1. Paz - Colombia I. Tapia Millán, María Alejandra, ed. II. Rey Lema, Diana María, ed.

CDD: 303.66 ed. 23

CO-BoBN- a1035884

Intersecciones: perspectivas políticas para la paz

© Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, diciembre del 2018

© Tania Bolaños Enríquez (Ed.), María Alejandra Tapia Millán (Coord. Ed.), Diana María Rey Lema (Coord. Ed.), Paco Gómez Nadal, Máximo Pérez Cardona, Édgar Alberto Roa Martínez, Piedad Lucía Barreto Granada, Juan Pablo Monroy, Carolina Soto Méndez, Israel Biel Portero, Ángela Navia López, Liliana Parra, Isabel Hernández Arteaga, María Elsa Unriza Puin, Laureano David Angarita Becerra, Helmer Fernando Llanez Anaya, Fredys Alberto Simanca Herrera, Gabriel Becerra Yáñez, Rafael Velandia Montes.

ISBN (impreso): 978-958-760-113-8 ISBN (digital): 978-958-760-114-5

DOI: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587601145>

Colección Investigación general

Proceso de arbitraje doble ciego

Recepción: 27 de febrero del 2018

Evaluación propuesta de obra: 7 de junio del 2018

Evaluación de contenidos: 9 de julio del 2018

Correcciones de autor: 18 de septiembre del 2018

Aprobación: 28 de septiembre del 2018

Fondo editorial

Director Nacional Editorial: Julián Andrés Pacheco Martínez

Producción editorial de libros: Camilo Moncada Morales

Producción editorial de revistas: Andrés Felipe Andrade Cañón

Producción editorial de apropiación social del conocimiento: Daniel Urquijo Molina

Proceso editorial

Corrección de estilo: Carolina Ochoa

Diseño y diagramación: Diego Abello Rico

Ilustración de la cubierta: Diego Abello Rico

Impresión: In Colors



Universidad Cooperativa
de Colombia



Impreso en Bogotá, Colombia.
Depósito legal según el Decreto 460 de 1995.

CONTENIDO

Prólogo	9
Introducción	15
PRIMERA PARTE: GÉNESIS	19
Metodologías estéticas para la construcción de paz <i>Diana María Rey Lema, María Alejandra Tapia Millán</i>	21
Transfiguración de los actores del conflicto armado colombiano: de la guerra a la paz en cinco minutos <i>Máximo Pérez, Tania Bolaños Enríquez</i>	39
El derecho a las reparaciones simbólicas <i>Israel Biel, Ángela Navia</i>	61
SEGUNDA PARTE: TRÁNSITOS	91
Los efectos subjetivos del lugar de la víctima en la contemporaneidad <i>María Alejandra Tapia Millán, Diana María Rey Lema</i>	93
Arte-sano. Arte que sana <i>Liliana Parra Valencia</i>	113
TERCERA PARTE: RESISTENCIAS	137
<i>Humanos derechos: del conflicto armado a la paz territorial</i> <i>Tania Bolaños Enríquez, Máximo Pérez</i>	139
El duelo emocional y la búsqueda del cuerpo reflejada en la desaparición forzada <i>Juan Pablo Monroy, Edgar Fabián Garzón</i>	165

CUARTA PARTE: DESAFÍOS	187
Oposición política en Colombia: cimiento para la paz <i>Gabriel Becerra Yáñez</i>	189
Nociones de desarrollo, principio de solidaridad y dimensiones jurídicas de la economía solidaria en el marco del proceso de paz en Colombia <i>Édgar Roa</i>	213
Saberes, haceres y sentires: denuncias estéticas y análisis teóricos en propiedad intelectual <i>Piedad Lucía Barreto, Carolina Soto Méndez</i>	235
Saberes, haceres y sentires: desde la bioética y la salud como escenarios para la reconstrucción del tejido social <i>Carolina Soto Méndez, Piedad Lucía Barreto</i>	255
¡Que paguen por lo hecho! Las noticias sobre delitos y su influencia en la política penal <i>Rafael Velandia Montes</i>	269
Compromisos de los universitarios para crear cultura de paz <i>Isabel Hernández Arteaga, María Elsa Unriza Puin, Laureano David Angarita Becerra, Helmer Fernando Llenez Anaya, Fredys Alberto Simanca Herrera</i>	301
QUINTA PARTE: VOCES	333
La voz: un tejido poético de la memoria viva <i>Luz Odilia, Alba Galeano, Yaneth Luque, Angie Bermúdez (Coord.)</i>	335
Al comienzo era el amor <i>María Alejandra Tapia Millán</i>	351
Doce poemas para una herida sin cuerpo <i>Mario Opazo</i>	354
Epílogo	365
Sobre los autores y artistas	367



Prólogo

El fin de la palabra, el tiempo de la palabra

Paco Gómez Nadal

Las palabras no son independientes, entidades añorantes de sí mismas nacidas para prestarse a narrativas ajenas o a veces a las propias. Las palabras son signo y son forma, son lucha interior entre homonimia y sinonimia, armamento para influir en el exterior.

Dicen algunos que no hay palabras en el campo de batalla, solo sangre, solo estruendo, solo hombres jugando a ser hombres y mujeres “en función hombre” —Victoria Sau dixit— matando para ser solo silencio... Sin embargo, cada vez se ganan menos guerras en el campo de batalla. Suele ser el territorio de la derrota y de la victoria, más bien, el flácido y violento espacio de la palabra publicitaria, propagandística, falsamente periodística, en la palabra de los libros de historia o de los precoces ensayos de coyuntura. Es allí donde se tuerce el pescuezo a la narrativa del ‘Otro’. Cuando ese ‘Otro’ pierde el equilibrio en materia narrativa, las armas comienzan a desafinar y el espíritu guerrero cede ante la evidencia de la sordera masiva producto de la ineficacia ya del mensaje que justificaba nuestra lucha.

En la sinécdoque con la que torno ‘palabra’ en ‘lenguaje’ queda contenido todo elemento-signo que construye narrativa y que conforma el mensaje que da forma al sistema-mundo que tratamos de explicar —y, a veces, aunque esta debería ser nuestra obligación inicial, de subvertir—. Bajo este juego de parte por todo, la palabra —jamás aislada, rebelde frente al ensimismamiento que le atribuían los funcionalistas rusos— puede ser obra de arte o expresión literaria, estudio académico o producto de consumo cultural masivo, verbo encendido en la tribuna o, incluso, silencio en el discurso colectivo. Si coincidimos con Walter Benjamin en que la reproductividad técnica “emancipó a la obra de arte de su existencia parasitaria en un ritual” para fundamentarla en la praxis política, no queda ya lenguaje ni palabra ni obra al margen del contexto ni —por tanto— de la política. O, expresado de otra manera, la realidad “trascendente” tiene ya

la capacidad de “debilitar” toda obra, toda palabra, todo lenguaje que pretenda ensimismarse o constreñirse a la breve fugacidad virtual.

Si no hay ‘palabra’ independiente, tampoco hay palabra aislada. De ahí las intersecciones, el cruce permanente de narrativas, el diálogo —ora sordo, ora productivo, ora reproductivo— entre formas de conjugar, de armar el rompecabezas del lenguaje condicionado por su relación con receptores no siempre inermes que forman parte del mismo contexto que se mira y se cuenta. Parte de lo que ha logrado el cartesianismo eurooccidental impuesto en la academia y, también, en el arte es crear la ficción del aislamiento, de los compartimentos estancos que no dialogan, que no se contaminan. Una ficción. No puede ser trascendente lo que aísla el ‘creosentipensar’ de forma artificial y restringe la palabra a pequeños círculos de ‘especialistas’ que la vacían de complejidad para cargarla con una apariencia de ‘especialización’.

Colombia resumida

El caso de Colombia no se puede mirar, ni estudiar, ni narrar, ni performar de forma aislada. El país ha caminado en una estrecha celda, confundiendo especificidad con especialidad, poniendo nombre a lo que acontecía desde una lógica académica poco transdisciplinar. Los politólogos han contado un país (violencia y poder), los conflictólogos han narrado otro, los psicólogos apenas han rascado más en las consecuencias psicosociales que en los intereses que nos impulsan, los historiadores han escrito muchas veces con el extremo del lapicero que borra, que oculta o diluye, los antropólogos han querido inventar cajoncitos estancos para lo que fluye y se mezcla... La palabra ‘especializada’ ha fragmentado el poliédrico relato de la realidad o ha dibujado dicha complejidad para ‘especialistas’, pero ha fracasado, creo yo, en permear lo público: los debates, las construcciones, las deconstrucciones, las resistencias civiles, las utopías... Y ha fracasado —lo sigue haciendo aún en parte— con una alta dosis de desmemoria o de neomemoria.

El polifacético y fronterizo Heriberto Yépez, desde la frontera híbrida con el imperio en decadencia, muestra cómo hay unas formas de reordenar la memoria que son “fascistas” y que nos empujan a confundir el espacio controlado con el tiempo histórico y a la memoria con un avatar reducido de la propia memoria; la brevedad, en nuestro tiempo, es la virtud ensalzada que siembra el olvido (véanse las críticas al acuerdo de paz firmado en La Habana por su “excesiva” extensión: no parece desmesurado contener en 310 páginas la ruta para poner fin a un conflicto de décadas).

Yépez nos advierte del peligro de la palabra “comprimida” frente al relato comprensivo:

Una era de silencio es regida por lo represivo; una era de información, por lo comprensivo. Toda palabra se volverá abreviatura en una esfera de individuos comprimidos, entre quienes se transmitirá cada vez más comprimida información. Cada uno, un puerto de emisión y recepción; cada uno, un puerto que, finalmente, se volverá punto, átomo de información.



Reconectar los átomos parece tarea de Sísifo. La atomización del individuo afecta también a artistas y a académicos, presionados para reducir, sintetizar, minimizar el riesgo expansivo de lo verbalizado. La nueva —o reconstituida— colonialidad del saber, tan cargada del universalismo europeo como del culturalismo urgente estadounidense, nos empuja a reducir la memoria y a comprimir el relato. “Si la Historia fue invención senil de Europa, corresponde a Estados Unidos la invención de una historia-corta, de una rápida recordatoria. Estados Unidos hizo una adaptación de la Historia, la volvió *quick-memory*, *briefing*, mero memo” (Yépez, 2007, p. 25).

El tiempo histórico que vive Colombia es, también, un *briefing* de lo que podría ser y la narración de este se ha “comprimido” en una sola palabra convertida en mito y, por tanto, re(de)significada hasta mostrarse casi carente de significado. La palabra —y el mito— es “paz” y no parece razonable que la dejemos aislada como categoría de estudio para especialistas ni como resumen de los miedos o anhelos de toda una sociedad —cuando, además, conjugamos sociedad en singular confundiéndonla no de forma inocente con la población que se acumula dentro de las fronteras físicas y políticas del Estado-nación eurooccidental y homogeneizante imitado por las élites de la independencia—. Así,

[...] en las ciencias sociales eurocéntricas se impone como unidad de análisis temporal/espacial las arbitrarias y movedizas fronteras espaciales y unidades temporales de los Estados-naciones, subordinando los análisis científico-sociales a las lógicas temporales y espaciales de la autoridad política que privilegia la modernidad. (Grosfoguel, 2017, p. 155)

Parece razonable entonces, aunque no haya seguridad del éxito ni de la eficacia de la misión, desdoblar la palabra “paz” para mostrar sus múltiples caras e intersecciones y para alentar/alertar desde su propia fragilidad/búsqueda histórica. Y desdoblarla significa, en primer lugar, enfrentarla al espejo de la realidad trascendente entendiendo que esta —la realidad— es ante todo pasado y que ese pasado puede entenderse como pesado bloque inamovible y lastre para el presente o, como se conjugaría en algunas cosmovisiones andinas, un-pasado-como-futuro. Un pasado donde se encuentre “lo propio”, lo que nos define (nos hace diferentes), la esencia (no siempre positiva) que nos permita entendernos e imaginar un futuro conectado.

Y esa mirada, esa visión hacia el pasado-como-futuro, debe ser múltiple y debe cruzarse para buscar las intersecciones —en las que es propicia la siembra— y las zonas de sombra —en las que hay que buscar la forma de cosechar soluciones no violentas en la oscuridad del tiempo-espacio—. Es en ese esfuerzo donde hay que cruzar, combinar y entrelazar las disciplinas académicas (liberadas en cierta medida del cartesianismo restrictivo) con los múltiples lenguajes artísticos conjugados (alejados del autotelismo ensimismado), en los espacios de rozamiento en los que las personas pueden con-vivir gracias a (y no a pesar de) su diversidad.

Se trata, entonces, de partir del pasado para preñarse de futuro porque, en este juego de tiempos, podríamos parafrasear a André Bretón (citado en Benjamin, 1936) y decir que la palabra “solo tiene valor cuando tiembla de reflejos del futuro”. Reflejos porque no podemos ver más

allá, porque el futuro, más allá del territorio de aburrida convivencia pacífica que se nos vende en los eslóganes del discurso hegemónico, solo es incertidumbre y sombras de lo que estamos construyendo en este presente que ya es pasado.

Colombia tiene sobreabundancia de momentos históricos y cierta práctica en su olvido. La paz prometida de la que hablamos ahora es bastante más conservadora de la que se anheló en 1991 o, incluso, en algunos momentos de los años ochenta del siglo pasado. Pero esa es la consecuencia de tanta violencia no gratuita. Dolores González, responsable de Procesos de Transformación Positiva de Conflictos en la organización mexicana SERAPAZ, cree que cuando:

[...] los niveles de violencia son tales y los costos son de tal dimensión, la agenda política de los movimientos sociales se restringe a unos mínimos que se basan en pedir un cierto Estado de Derecho, fortalecido en su capacidad de respuesta a las víctimas, fortalecido en ética pública y lucha contra la corrupción, pero deja aparcada la agenda de cambio del modelo político.

Entonces... ¿es paz de lo que escribimos o es sobre la ausencia de violencia sistemática?, ¿es la palabra develadora de los nudos estructurales que desatan la violencia física, psicológica, política o cultural o es una palabra que oculta lo que hay detrás del humo que todavía no nos deja respirar?, ¿es la paz el fin de la guerra verbalizable o solamente el control de daños visibles mientras las sociedades son sometidas a las violencias ‘familiares’, habituales?

La palabra —y sigo utilizando ‘palabra’ por ‘lenguajes’— tiende a naturalizar lo inaudito y a convertir en cotidiano lo disruptivo. Ya somos expertos en conjugar la palabra “víctima”: le hemos dado aliento, le hemos puesto nombre, la hemos tejido, la hemos estudiado. Tenemos perfiles de las víctimas, creemos otorgarles voz en el estruendo voraz de los medios, escribimos ensayos sobre ellas, realizamos emocionantes *performances* emocionales, nos sentimos bien al amasar sus letras hasta el desgaste: v-í-c-t-i-m-a-s. Nos cuesta, ante tanta violencia, ante tanto dolor, bajo tanto miedo, bajo tanta indolencia generalizada, conjugar la palabra “victimario”. Convivimos con él, con ellos. Se sienta, se sientan, en los mismos restaurantes que frecuentamos, mantienen rituales públicos en los que fomentan la amnesia colectiva, quiebran los espejos públicos para evitar el reflejo del pasado, hablan —ellos sí hablan— todo el tiempo de futuro para que no se nos ocurra interpelar al pasado. Nos cuesta, me cuesta, ponerles nombre y apellidos, tejer una cobija con los nombres propios de esos victimarios que ahora mambean palabras (paz, futuro, esperanza...) vacías de contenido para llenar el silencio, para animarnos a mirar hacia otro lado.

Este es —sería, quieren que sea, podría ser— el tiempo histórico de la paz. Como si pudiera decretarse o sembrarse esta palabra mediante un acto legislativo, se nos recuerda que vivimos instalados en el “momento” “histórico”: será breve, ya es pasado. Por suerte, hay *palabrer*os y *palabreras* (presto este término wayúu para definir a académicos, a artistas, a personas que comparten su sentipensar en múltiples lenguajes) que se empeñan en buscar las interseccio-



nes necesarias que pueden explicar o dotar de contenido-sentido a la paz. Unas veces lo hacen todavía contagiados por el poderoso virus de los discursos desmemoriados. Otras, aprenden a zafarse de lo previsible para arriesgarse a lo insospechado, a lo incalculable, a lo inimaginable, en términos de Günter Anders. En cualquier caso, lo más interesante —y necesario— de estas intersecciones es que al serlo suponen diálogo, proceso comunitario —porque no se hace desde el aislamiento— de construcción y duda, de deconstrucción y certidumbre.

Los diálogos transdisciplinares que resignifican la palabra son espacios de libertad porque la libertad se entiende como acto de responsabilidad y como posibilidad de equivocarse con el “Otro”. Es en esa otredad que podemos comenzar a reconectarnos, a romper el aislamiento inducido desde la especialización cartesiana o desde el capitalismo de los públicos.

Solo creo que falta una condición más para que la palabra no tenga fin y encuentre sentidos desconocidos en una fragmentación entrópica y utópica: hay que rescatar la palabra de los salones habituales donde se prestigia, hay que desacomodarla de los libros, de las galerías de arte, de los museos que fijan, de la virtualidad que la hace correr, a veces, sin sentido. No significa que, en los libros, en las galerías, en los museos o en las páginas virtuales de la reflexión no sea necesaria esta palabra ‘liberada’, pero condenarla solo a esos espacios sería ratificar su fin onanista y premiar la autoría sobre la (re)interpretación. No se trata de caer en el futurismo fascista de Marinetti (“queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias variadas y combatir el moralismo, el feminismo y todas las demás cobardías oportunistas y utilitarias”), sino de rescatar del pasado-como-futuro otros muchos espacios de palabra, de lenguaje, de intersección, donde la palabra sea (re)apropiada por quienes habitualmente son sometidos a sus efectos. Se trata, pues, de multiplicar las intersecciones para que *palabrer*os y *palabrer*as abran brechas en los muros de las jerarquías coloniales que separan arte de artesanía, cultura de folclore, ciencia de mitología, religión de magia, racionalidad de instinto, modernidad de tradición... Es en las intersecciones, y no en la bipolaridad conceptual inducida, donde la política vuelve a ser un bien común y donde la paz puede ser algo más que un eslogan vaciado de contenido.

Referencias

- Benjamin, W. (1936). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En W. Benjamin (1989), *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Grosfoguel, R. (2017). Caos sistémico, crisis civilizatoria y proyectos descoloniales: pensar más allá del proceso civilizatorio de la modernidad/colonialidad. *Tabula Rasa*, (25), 153-174.
- Yépez, H. (2007). *El imperio de la neomemoria*. Oaxaca de Juárez: Almadía.



Introducción

“Sólo una cosa puede decirnos el pasado: lo que queda por hacer”

Néstor A. Braunstein

Durante más de seis décadas, Colombia ha estado atravesada por un profundo y cruento conflicto armado, producto del cual quedan hoy cerca de ocho millones de víctimas, además de los incontables daños materiales y emocionales. La cifra es escandalosa, dolorosa, absurda e insensata. Pero la cifra, por sí misma, aun en esta dimensión horrorosa, no alcanza a dar cuenta de la estela de devastación que imprimió la violencia política acaecida en el país y sus consecuencias en el lazo social y las subjetividades. Quizá por esto apelamos al campo del arte, con la confianza de que allí algo de lo inenarrable de la guerra pudiera devenir audible y fuera insumo para los diferentes análisis que se presentan a lo largo de este libro.

Intersecciones: perspectivas políticas y estéticas para la paz es el nombre de esta novedosa apuesta. En ella, quisimos acercar las reflexiones académicas provenientes de investigaciones académicas con aquellas que del mismo fenómeno surgieron en el campo del arte. Así, partimos de un trabajo transdisciplinar en el que artistas e investigadores intercambiamos ideas, reflexiones y experiencias; nos interpelamos, nos pusimos a prueba, aprendimos, desaprendimos, construimos, escribimos, creamos... pero sobre todo nos reconocimos como sujetos responsables y partícipes de la realidad en la que vivimos. En últimas, lo que nos acercó en esta experiencia fue el compromiso con el país, con las víctimas que ha dejado este insensato conflicto armado y con las generaciones por venir.

Para los investigadores, dicho proceso fue todo un desafío. Nos sacó de nuestra zona de confort, nos retó a confrontarnos con otras metodologías, con otros lenguajes y con otras maneras de narrar, comprender y sentir la violencia. En ciertos momentos, incluso, nos sentimos perdidos, angustiados. ¿Cuál es el formato —nos preguntábamos—, cómo escribimos?, ¿cómo hablamos con el arte y los artistas? Sin embargo, con cada encuentro, estas inquietudes se fueron convirtiendo en posibilidades de pensamiento, en compromisos mutuos con el proyecto y con

las comunidades que nos animan a trabajar día a día, en exploraciones del saber más allá de los límites de las disciplinas y en formulaciones de nuevos marcos explicativos mucho más ricos, complejos y creativos.

Finalmente, al cerrar este recorrido, nos dimos cuenta de que estas intersecciones nos habían transformado a todos por completo. Los investigadores empezamos a escribir en un tono más poético, los artistas se acercaron a nuestros lenguajes más técnicos y se los apropiaron en sus obras; todos tuvimos un encuentro con la diferencia, que nos concedió nuevas miradas teóricas, éticas, políticas y epistemológicas.

Es entonces a partir de estos entrecruces, de estos diálogos y encuentros, que queremos aportar desde la academia y el arte a la construcción de paz, convencidos como estamos de que Colombia atraviesa un momento único en el desafío y el compromiso que implica la implementación del acuerdo de paz entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), en el cual la pregunta del psicoanalista uruguayo Marcelo Viñar tal vez resuene más que nunca cuando dice: “Pero el horror de la guerra, del genocidio y de la tortura, ¿a quién le pertenece?, ¿a las víctimas o a la especie humana?”.

Así, luego de haber organizado una exposición de arte con el mismo título en noviembre de 2016 en la sede principal de la Universidad Cooperativa de Colombia en Bogotá —con obras de los reconocidos artistas Mario Opazo, Rodrigo Echeverri, Fernando Arias, Eduar Moreno, Sair García, Liliana Angulo, Libia Posada, Andrés Orjuela y Adriana Ciudad—, emprendimos la tarea de editar un libro que profundizara en estos diálogos, buscando proporcionar un panorama de lo que ha dejado este conflicto de más de medio siglo, para aportar a la comprensión de fenómenos tan complejos como el nuevo estatuto de las víctimas en la contemporaneidad, los desafíos de la reparación simbólica en el marco de la justicia transicional, la potencia del arte como fuerza creadora y sanadora en contextos de guerra y los compromisos que asumen los jóvenes para la construcción de paz, lo que implica el desafío de la paz territorial, entre otros.

Así las cosas, este libro busca hacer visibles estas intersecciones entre reflexión académica y arte, para lo cual nos entregamos a la extrañeza, a lo inacabado, a lo abierto de ese significativo que todavía desconocemos como nación llamado paz. De esta manera, el manuscrito se divide en cuatro secciones, que agrupan varias series de inquietudes y reflexiones, cada una marcada por un ritmo particular.

La firma del acuerdo de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP crea un gran reto para la construcción de la paz. Educar para la paz es una tarea inaplazable que lleva un compromiso social de las personas, especialmente las del ámbito académico, a pesar de ser una exigencia del ser humano. La cultura de la paz es un proceso de constitución de identidades ciudadanas, reconocimiento y reparación de las víctimas del conflicto, por lo que la educación debe fomentarla y fortalecerla. Evidencia de ello es el proyecto de investigación *Intersecciones: perspectivas estéticas y políticas para la paz*, que desarrolla metodologías transdisciplinarias en Ciencias Sociales,



Humanidades y arte contemporáneo, de manera que vela por la apropiación progresiva del lenguaje de los derechos, el reconocimiento de las víctimas, la justicia social y la diversidad cultural y étnica del país, además de recuperar la memoria de la guerra para una paz estable y duradera.

Esperamos que esta apuesta resuene con ustedes, los lectores.

María Alejandra Tapia Millán

Diana María Rey Lema



Cosecharás
(Echeverri, 2004)



PRIMERA PARTE

GÉNESIS